todavía suplió esto con otras virtudes, que hasta entonces no habia tenido ocasion de practicar: tales son, su deferencia y atenciones con el esposo que el cielo le habia dado, el cuidado de instruir á sus criados, la caridad con los pobres, la paciencia en los diversos trabajos inseparables de la condicion humana, por ventajosa que sea, y sobre todo, la sumision á la voluntad del Señor, contraria tantas veces á la nuestra. En una palabra, añadiremos nosotros con uno de los abogados de su causa de beatificacion (1), "fue tan exacta en el cumplimiento de las obligaciones todas de su estado, que reprodujo en su persona, la imágen fiel de la mujer fuerte y temerosa de Dios, descrita en el libro de los Proverbios (2)."

Pero aun llevando esta vida tan perfectamente arreglada, ¿no era de temer que Madama de Montferrant se aficionara demasiado á las cosas de la tierra? Dios, sembrando de cruces su camino, tuvo cuidado de elevar su corazon muy por encima de todas las afecciones, aun las mas legítimas.

En primer lugar, como madre, Madama de Montferrant tuvo que resignarse á la voluntad divina, aprendiendo prácticamente y una vez más, que la felicidad aquí en la tierra va siempre mezclada con alguna contrariedad. Una dichosa fecundidad se convirtió para ella en causa de inmenso dolor. Si tres veces experimentó indecible alegría por haber dado á luz un hijo, no fue mas que para ver volar estos angelitos desde la cuna al cielo. Sin embargo la pobre madre supo juntar la accion de gracias con sus lágrimas, y reconoció en estas visitas reiteradas de la muerte, un beneficio de Dios. "Vos me los habiais dado, Señor, exclamaba, y vos me los habeis quitado; bendito sea vuestro santo nombre!, Otros cuatro hijos la consolaron en la pena de la pérdida de los primeros, y se dedicó con todo esmero á la educacion cristiana de esta su naciente fami-

lia. Consideraba este deber como una obligacion principalísima y se consagró con la mayor diligencia á su cumplimiento. Y se creia tanto mas obligada á ello, por lo mismo que su marido, cuya estima y confianza habia sabido granjearse, descansaba enteramente en su vigilancia respecto á todos los negocios domésticos. Los pormenores sin cuento de casa tan importante venian á recaer sobre ella; pero todo se lo hacia fácil el amor y el deseo del cumplimiento de su deber: por muchas y diversas que fueran sus ocupaciones, nunca se distrajo ni por un momento del cuidado de sus hijos. No contenta con tomar parte en el trabajo de las personas destinadas á educarlos, se reservó enteramente para sí el formarles el corazon para la virtud.

Así ella, dice un historiador suyo (1), fue quien les enseñó á pronunciar por primera vez los dulcísimos nombres de Jesus y Maria, ántes que los de padre y madre, porque "eran de Dios, decia, más que de sus padres., Y estos mismos niños declararon luégo, que su madre se consideraba dichosa al verles balbucear con sus infantiles voces estos sagrados nombres, supliendo ella con sus actos interiores lo que ellos todavia no podian sentir.

A medida que iban creciendo en edad, se constituyó ella, por sus ejemplos y palabras, en su primera maestra en las cosas concernientes al servicio de Dios. No olvidaba nada que pudiera inspirarles su santo temor y amor; y frecuentemente se la oyó repetir aquella heróica leccion de la reina doña Blanca de Castilla á su hijo San Luis: "Mas quisiera verte muerto, que reo de un solo pecado mortal!," Y como la ciencia de la salvacion más se aprende con la práctica de buenas obras que con teóricas enseñanzas, ella velaba cuidadosamente para que cumpliesen con todas sus obligaciones de cristianos, llevándolos suavemente á los ejercicios piadosos y exhortándolos á frecuentar los santos sacramentos.

Lecciones tan cristianas, confirmadas con santos ejem-

⁽¹⁾ Information sur les vertus: Memoria del Sr. Alibrandi, núm. 4.

⁽²⁾ Prov. XXXI, 11-31,

⁽¹⁾ Historia, c. IV.

plos, habian caido en las almas de sus hijos como buena semilla en tierra bien preparada. No tardó Madama de Montferrant en recoger sus frutos; y encontró en la piedad naciente de su tierna familia, la mejor recompensa de su celo y del sacrificio que se habia impuesto. Todo le salia perfectamente, porque ejercia sobre todos los de su casa una autoridad absoluta, á la que nadie oponia la menor resistencia; autoridad tanto más eficaz, cuanto que estaba fundada sobre el amor filial, que correspondia perfectamente á su ternura maternal, y sobre la profunda veneracion que su altísima virtud les inspiraba. Este imperio, tan legitimamente adquirido, se mantuvo siempre igual, aun cuando, andando los años, la edad de sus hijos parecia eximirlos ya de una sujecion, que para otros hubiera sido demasiado rigorosa é insoportable (1).

A la vez que tenia este cuidado de sus hijos, vigilaba Madama de Montferrant con gran solicitud por sus hermanos y hermanas menores. Guy de Lestonnac sucedió á sus padres en el cargo de consejero del Parlamento, y siguió las tradiciones de familia, defendiendo vigorosamente los intereses de la causa católica (2).

Madama de Montferrant empezó á tratar del matrimonio de sus hermanas, una de las cuales, Jacoba, entró en la familia de Cursol, y las otras dos, Juana y Francisca, emparentaron con la casa de Aulède, célebre, como la de los Lestonnac, por un gran número de ilustres magistrados.

Estas familias de togados, ya por su tradición poderosas, eran entonces una de las fuerzas vivas de Francia. "Ellas daban á los Tribunales y á los Parlamentos consejeros, abogados, presidentes, y juzgaban que el honor de la toga era una porción sagrada de la herencia, que debia trasmitirse de padres á hijos. Ellas formaban á un tiempo hijas, hermanas, esposas y madres que, viviendo en tan santa y

(1) Beaufils. Vie de la vénérable Mère Jeanne de Lestonac, p. 18.

vivificadora atmósfera, adquirian hábitos y costumbres varoniles de sacrificarlo todo al cumplimiento del deber., (1) Animadas de los mismos sentimientos, vivieron las cuatro hermanas estrechamente unidas con la más perfecta amistad, auxiliándose mútuamente en la educación de sus hijos.

Por esta época, publicó su tio Miguel de Montaigne, sus *Essais* (Ensayos), que habia compuesto en gran parte, durante su retiro de Périgord. La primera edicion, hecha en Burdeos el año 1580, le dió pronto gran celebridad en toda Europa. El autor habia consagrado en ella un capítulo á la educacion de los hijos, en el cual se mostraba sobre todo partidario de Séneca y de Plutarco (2). Ignoramos si Madama de Montferrant llegó á leer alguna vez esta obra, cuyos pensamientos "vagos y diversos, estan tan léjos de las enseñanzas seguras del Evangelio; pero indudablemente la madre cristiana, tan celosa de la inocencia y de la fe de sus hijos, se guardaria muy bien de permitir que cayera en sus manos.

En 1589, acababa de terminar los estudios en el colegio de los Jesuitas de Burdeos, "su hermano menor, Luis Rogerio, y el 5 de Setiembre se presentó en el noviciado de la Compañía en Tolosa. He aquí lo que leemos en el libro de admisiones en la Compañía, con esta fecha: "Rogerio de Lestonnac, de diecisiete años de edad, natural de Burdeos, en la Aquitania, ha entrado en la Compañía de Jesus el 5 de Setiembre de 1589, dispuesto á observar en ella cuanto se le ha manifestado. En fe de la cual lo firmó de su puño y letra (3)., Rogerio era propiamente su nombre de bautismo,

"In quorum fidem manu propria se subscripsit.

Tolosae, 5 septembris 1589.

"ROGERIUS LESTHONACUS

Al margen: "Postea mutato nomine, vocatus est Hieronymus...

⁽²⁾ Ricardo de Lestonnac, habia resignado su cargo de consejero el 11 de Diciembre de 1583, en favor de su hijo, á la sazon abogado del Parlamento de Burdeos. Guy de Lestonnac, casado en 1588, murió en 1613.

⁽¹⁾ Madame de Sainte-Beuve et les Ursulines, p. 2.

⁽²⁾ Essais, lib. I. cap. XXV: de l' institution des enfants, dedicado à Madama Diana de Foix.

⁽³⁾ Rogerius Lestonacus, annum agens 17, qui natus est Burdigalae in Aquitania, die 5 septembris 1589, ingressus est Societatem Iesu et contentus est observare omnia ei proposita.

pero le cambió luego por devocion, probablemente al hacer los votos, por el de Jerónimo, con el cual es conocido despues. Quién no admirará los designios de la Providencia en esta ocasion, promovida de seguro por Madama de Montferrant? El cielo le procuró por este medio saludables consejos, para triunfar de las dificultades, que habian de oponerse á su vocacion.

En 1592 tuvo el dolor de perder á su tio Miguel. Murió en su castillo de Périgord, á donde se habia retirado, despues de haber desempeñado, como su padre, el cargo de alcalde de Burdeos (1). Si habian justamente causado alarma en la conciencia de la piadosa sobrina las obras del escritor, en cambio su muerte tan cristiana la llenó de esperanza en la misericordia de Dios. El primer cuidado de Montaigne, como nos lo dice él mismo, habia sido siempre, cuando se sentia enfermo, llamar nó al médico, sino al párroco, para cumplir como buen cristiano, atendiendo ante todo á su alma. Cuando conoció que estaba próxima su muerte, mandó decir misa en su aposento; é incorporándose y juntando las manos en el momento de la elevacion de la Sagrada Hostia, expiró en este acto de fe en la presencia real de Jesucristo. (2). Tenia cincuenta y nueve años de edad. Su cuerpo, trasladado á Burdeos, fue enterrado en la iglesia de los Fuldenses, donde le erigió un monumento Francisca de La Chassaigne, su mujer (3).

Tres años despues, en Agosto de 1595, el Sr. de Lestonnac fue arrebatado al amor de su familia. Qué ruda prueba

(1) "Me eligieron, dice en sus Essais (lib. III, c. x), los caballeros principales de Burdeos para alcalde de la ciudad, hallándome léjos de Francia y más lejos aún de tal pensamiento. Yo me excusé; pero me dijeron que haria muy mal, sobre todo cuando había órden del rey para ello., Al expirar el plazo de su cargo, sus compatriotas agradecidos, le volvieron á elegir alcalde en 1583, para otros dos años.

(2) Hallándose el sacerdote en la elevacion del *Corpus Domini*, cuenta Pasquier, se incorporó este buen caballero sobre la cama lo ménos mal que pudo, y juntas las manos, dió su espíritu á Dios en este último acto de fé., *Oeuvres choisies*, por L. Feugère, Paris, 1849, en 18.º, t. II, p. 396 y sig.)

(3) Juan de la Barrière, abad de los Fuldenses, en la diócesis de Rieux, descando introducir la reforma en este monasterio de la Orden del Cister, ha-

fue para el corazon de Juana la perdida de este amadísimo padre, á quien debia, despues de Dios, la conservacion de su fe! Se sometió á ella sin murmurar, adorando en tan triste acaecimiento, la mano de aquel, que endereza todos los sucesos en este mundo al mayor bien de sus escogidos (1).

Veinticuatro años habia pasado Madama de Montferrant en intima union, jamás turbada ni por el más mínimo disentimiento. Los cuatro hijos que le habian quedado, tres hembras y un varon, correspondiendo con todo su cariño á los desvelos maternales, por su piedad y por su amor le daban los mayores motivos de consuelo. Precisamente cuando lo porvenir se presentaba para ella bajo los colores risueños de una vida dulce y feliz, por la satisfaccion de haber cumplido con su deber, Dios le dió á entender en lo íntimo de su corazon, que muy pronto vendria á reclamar de ella la mejor parte de tan legítima felicidad. Atacado súbitamente de una grave enfermedad, á mediados del año de 1597, Gaston de Montferrant se vió al cabo de pocos dias á las puertas de la muerte (2). Murió tan cristianamente como habia vivido, dejando á sus hijos los nobles ejemplos de un caballero fiel á Dios, como lo habia sido á su rev.

bia obtenido de Sixto V, en 5 de Mayo de 1586, un Breve en que se confirmaba el nuevo Instituto, quedando desde entonces este monasterio por cabeza de la Orden. Estableció en 1589 una casa de la misma Orden en Burdeos, en el antiguo priorato de San Antonio.

(1) No están de acuerdo los historiadores de la venerable Madre acerca de la época en que murieron los esposos Sres. de Lestonnac. Segun la Genealogia de los Lestonnac, escrita por D. Le Vacher de Boisville, teniendo à la vista las minutas de los notarios, conservadas en los archivos del departamento de la Gironda, Ricardo fue enterrado en los Carmelitas el 12 de Agosto de 1595. En cuanto à Juana de Montaigne, ella firma, el 21 de Diciembre de 1588, el contrato matrimonial entre Pedro de Lancre y Juana de Mons, su parienta: en 1608 da su consentimiento para el matrimonio de Ricardo de Aulède, señor de Pardailhan, su nieto, y en 1620, para el de Margarita de Aulède du Cros, su nieta.

(2) El 17 de Marzo de 1597, reconocia Gaston de Montferrant la donacion en feudo nuevo y comun á varios colonos, de ciertas casas, tierras etc.; y el 7 de Julio, su viuda obligaba á los mismos colonos á entregarle la ratificacion de dicho reconocimiento. Archives historiques de la Gironde, t. XV, p. 574.)

Mucho sintió Madama de Montferrant este rudo golpe, que el Señor acababa de descargar sobre ella; pero no fue del número de aquellos, de quienes dice San Pablo que lloran sin esperanza. Pagó, sí, el justo tributo de sus lágrimas al que habia querido con amor tan acendrado y tan puro; pero no permitió á sus ojos defraudarle la perspectiva de los bienes eternos. Así que, despues de haber inclinado humildemente la cabeza bajo el peso de tan grande afliccion, supo levantarla con valor para bendecir á la divina Providencia por sus rigores tan llenos de misericordia. Y bien pronto, fortalecida por la oracion, llegó á entrever, en un tiempo más ó menos cercano, la facilidad de realizar sus primeras aspiraciones á la vida religiosa, y de devolver á Dios la plena posesion de su corazon (1).

(1) Teyssèdre, La vénérable Mère Jeanne de Lestonnac, p. 18.





CAPÍTULO III

VIUDEZ DE MADAMA DE LESTONNAC

(1597 - 1603)

para con su esposo, Madama de Lestonnac (este nombre es el que llevará en adelante) (1), pensó seriamente cuáles serían los designios de Dios acerca de su viudez. Ilustrada por una

luz sobrenatural, comprendió "que Dios habia desatado sus primeros lazos para ligarla con otros más santos; que no estando ya dividido su corazon, se debia todo entero al autor de su ser; y que ya quedaba libre para entrar en el estado de una gloriosa servidumbre, donde tendria como señor y dueño al único que merece ser servido (2). Fiel á esta divina inspiracion, se ofreció sin reserva á este Esposo inmortal, que habia de ser su herencia por toda la eternidad. Pero comprendió tambien que, antes de abrazar la vida del

(1) Beaufils, Vie de la vénérable Mère Jeanne de Lestonac, p. 18,

⁽¹⁾ Con frecuencia, en esta época, se vió á las viudas dejar las armas y el nombre de sus maridos para volver á tomar el de su propia casa. Así, en la Historia de la Orden de Nuestra Señora, vemos entre las religiosas, á Juana Renier, viuda del Sr. de Gaschet; á Madama de Crucy, viuda de Caillard Salesson: á la señora Tusseau, viuda del Sr. Santiago de los Francos, señor de la Bretonnière etc. etc.